

GENEALOGÍA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

...ALLES FÜR ALLE

—¡Qué gran hombre fué Manolito Kant!

—Eso parece un ex abrupto, como aquel de Tarugo, en la comedia de Moreto: *No puede ser*, que sale diciendo: ¡Gran hombre fué Tito Livio! sin venir á cuento para nada.

—Pues aquí viene muy á cuento; no crean ustedes que por lo de la Lógica, ni por lo de la Crítica de la Razón pura, sino por otra cosa más manual, corriente y útil; por la fórmula individualista del derecho: "Que la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás." Tengo para mí que esa fórmula la sacó Kant de algún viaje á España.

—Vea usted; ¡y luego dicen que estamos tan atrasados!

—No, al contrario; la sacó precisamente de eso, de nuestro nacional y *sugestivo* atraso; aquí nadie tiene idea de la libertad de los demás, y hace lo que le acomoda, sin respetar eso. Pues de ahí debió sacar su teoría el filósofo de Königsberg. Parece mentira que nuestro Alcalde, con ser individualista, si no ha cambiado, no haya puesto en práctica esto de la lucha entre dos libertades para arreglarlo, ya que aquí nadie entiende la *Lucha entre dos deberes*, que se le ocurrió sólo á Echeagaray, porque aquí nadie hace caso de los deberes, ni se preocupa de que estén en lucha ó no.

—Bueno. ¿Y á qué viene ese preámbulo filosófico?

—Viene á propósito de infinidad de cuestiones, de molestias que surgen á cada paso por eso; por no respetar cada uno la libertad de los demás. Ejemplo reciente lo que sucede con los tranvías. Cada vecino y cada forastero tiene el derecho y la libertad de andar sin peligro por las calles; pero á unas poderosas Compañías, extranjeras por más señas, se les antoja apoderarse de la vía pública.... y use usted si puede de su libertad de andar por la calle; que si lo hace, ya cuidarán de espachurrarle. Es indudable que el que toma un billete de tranvía usa de su libertad de ir en él cómodo y sin aperturas; pero surge la libertad de los demás de no quedarse á pie, aunque no haya sitio, y tiene que ir, el de la libertad, sin libertad ni para moverse. ¡Hábleles usted á los ciudadanos apelmazados en la plataforma de la libertad de cada uno coexistiendo con la libertad de los demás, y crearán que se burla usted de ellos, aunque les asegure que eso lo ha dicho Kant! Vaya usted de prisa, siempre en uso de su libertad, por la calle de Alcalá al anochecer, y más si es día de toros (¡la fiesta sugestiva por excelencia!) y haga usted entender á los tranvías, á los cocheros, que tiene usted el derecho de que le dejen atravesar la calle, y verá usted cómo se rien de la libertad coexistiendo.... etcétera, y aunque vaya usted á buscar un médico ó la Santa Unción para su propia mamá política, no pasa usted hasta que — tocando la trompeta, por supuesto, porque aquí hay mucha niebla, como en Londres — haya desfilado el último *Mail-coach* de la duquesa de....., que sin embargo de llamar así á sus carruajes, sabe que en el país donde los compró no le dejarían hacer eso con ellos.

O vaya usted por una acera estrecha, y se tropieza con un corrillo de señoras que ocupan el paso y se detienen un cuarto hora, para hablarse de sus chiquitines, de su modista, claro, en uso de su libertad, que tampoco en este caso coexiste con la del que la tiene para ir por las aceras á riesgo, si se sale de ellas, de topar con la otra libertad, la libertad de los *cangrejos* ó de los *grises de la muerte*. Pues sin salir de casa, cuidando un enfermo gra-

ve ó teniendo que hacer un trabajo facultativo ó literario, porque muchos no somos senadores vitalicios ni tenemos cesantía de ministros, y á pesar de su *home rule*, del sagrado del hogar ó de lo sagrado de la salud de un ser querido, si se estaciona delante de su balcón un piano de manubrio, baje usted á explicarle la teoría de Kant, y le enseñará á usted un cuadrado en el que consta que él tiene también libertad de tocar el tango del Morrongo ó las sevillanas, y armonice usted, por más krausista que sea, la libertad de trabajar ó de descansar en su propia casa, con la libertad que alega el otro, y que le ha costado su dinero, de romperle á usted la cabeza con el martilleo del piano y no dejarle trabajar. Estoy seguro de que Kant pasó una temporada en Madrid, y vió todo esto, y tropezó con los cajones de pescado que salen á mitad de la acera, con los ciudadanos que le detienen á uno para ofrecerle un décimo (falso, por supuesto, en uso también de la libertad), ó se estacionan en el mayor tránsito para comentar un discurso de Moret ó la actitud de Canalejas. Veremos si algún Alcalde da con el *quid* de armonizar, como dice Kant, tantas libertades como aquí nos tomamos todos.

*
* *

Desde que he leído que un médico, para extirpar un simple abceso, cloroformizó al paciente, y éste pasó á mejor vida.... antes de extirparle lo otro, y desde que he visto que otros doctores se dedican á cultivar las tercianas como *sport* (?), con la adición de picadura de mosquitos para mayor recreo del paciente, me explico que el Shah de Persia se haya llevado tres médicos á Contrexeville. Lo que dirá él: mientras se entregan á estos sports de mosquitos, no me recetarán nada y estoy seguro. A mí me parece que estos *sports* son un poco menos tontos que el *tourneament* y el *football*; pero que son también menos inocentes y que debían prohibirse; bastante tenemos con el sport de los tranvías y de los automóviles para acabar con la humanidad, ya que no podemos evitarlos de Monte Pelado y los del Vesubio. ¡Pero qué cosas tan raras dicen á veces los grandes hombres! ¡Pues no ha dicho uno que en cuanto asoma con un entierro á la carretera de Segovia, se acuerda de Galicia! ¿Qué relación hay entre la polvorienta carretera y el *sugestivo* féretro y aquel hermoso país? Verdad que en punto á gazapos se encuentran á cada paso. Otro ha dicho que Mariana de Austria fué *única* esposa de Carlos II, y he aquí suprimido un buen trozo de Historia de España, y todas las intrigas de la corte francesa para asegurar la corona de España á un príncipe francés. Otro ha dicho que Cristo dijo á Lázaro: Levántate y anda; nada: que sabe mejor el Evangelio Kruger que este español; porque Cristo no dijo eso á Lázaro ni á ninguno de los que resucitó; sino al paralítico, que estaba muy vivo. ¡Falta hacen aquí maestros de escuela, no como esos que vió cierto escritor á la puerta de la Biblioteca el día de la solemnidad académica; dice: "con sus anticuadas levitas que valen mucho más que las brillantes togas", porque precisamente esos sabios maestros y sus ilustradas compañeras de *sacerdocio* no estaban á la puerta, sino en los mejores sitios, con sus chiquitines y todo, habiendo más de un respetable magistrado y hasta un presidente de un alto Tribunal que permanecían de pie; y porque si se quedaron fuera huyendo de la ciencia aparatosa, hinchada, oficial, tampoco merecían mejor puesto los que no han sabido

en tantos años, y á pesar de tanto como se les adula, hacer que el mismo escritor que así los defiende crea que se dice manto *cural*, cuando no hay tal manto, ni otra cosa que silla *curul*, y que entone un ¡Hossamna! (escribe) con dos *eses* y *eme*, cosa que no hacemos los que no fuimos con muceta. Tiene razón: aquello sería la democracia del corazón.... y de la Gramática. Falta hace aquí una lluvia de tinta como la que ha caído en París; pero sin *mucetas* y con maestros que sepan enseñar; porque está visto que no basta ir á la escuela. ¡Y sin embargo, no podemos quejarnos de que no se lee! En Pamplona han puesto en acción *El Quijote* alanceando un rebaño de carneros, y en otro pueblo andaluz, cuando se muda de rey.... se limitan á cambiar la cabeza del retrato regio de Felipe V creo, que ostenta la Casa municipal. ¿Si habrá allí alguno de esos maestros que no pudieron pasar de la puerta de la Biblioteca, como no habrán pasado en arte de Bertoldo, y en matemáticas de la *sugestiva* regla de tres, que para muchos sigue siendo el límite (sin saber lo que es *límite*, por supuesto), de sus conocimientos pedagógicos?

*
* *

—Pues los refranes son unos evangelios chicos; y siempre se ha dicho, por ejemplo, que "baza mayor quita menor", y que "donde hay capitán no manda marinero", y....

—Eso podrá ser en el mus y en el tresillo, y si usted me apura, en la Marina; pero lo que es entre los militares, según dice un periódico, sucede lo contrario, y donde hay cabo no manda general, y donde hay comandante no hay rey ni Roque que mande....

—¡Eso no tiene sentido común!

—Pues eso ha sostenido la prensa á propósito del hecho de haber acudido S. M. á un cuartel á revistar las tropas sin contar, á lo que parece, con el cabo de guardia, á cuyas órdenes, según los ordenancistas, debió comenzar por ponerse el Monarca. Hay una cuestión constitucional....

—¡Ya pareció aquello; otro conflicto....!

—Sí, señor; y una cuestión de ordenanza; y hasta una cuestión pedagógica....

—Vamos, que tienen que resolverla los maestros aquellos de las levitas *demodées*.... que dijo el otro.

—No lo tome usted á broma, que todo eso se ha dicho con tal motivo; y que hay otra cuestión orgánica, y otra de instrucción....

—¡Eche usted cuestiones y problemas! Y diga usted: un país en que se discute y se cuestiona sobre tales fórmulas, ¿no le parece á usted que necesita un reglamento único y prescindir de todos los demás formulismos? ¿Y no le recuerda á usted algo muy triste y muy.... signo de decadencia?....

—Sí, señor, bizantina; y no crea usted que lo digo como aquel periodista que habiendo oído que una catedral era del más puro gusto bizantino, estampó muy serio, acordándose de otra acepción de la palabra: "La catedral de.... no tiene el menor mérito; es puramente bizantina" (!).

—Pero esos formulismos que ahora se invocan siempre han existido en España; yo no recuerdo qué Monarca estuvo á punto de morir por el tufo de un brasero, que no pudo sacarse de la cámara Real hasta que pareció el funcionario encargado de la calefacción del palacio. Y ahora, con motivo de esto del cuartel ¡hasta se dice que han telegrafado los embajadores el suceso, que ha influido ó influirá entre las naciones para nuestra conside-

ración como tal.... cuando en el fondo de todo lo que hay es el espíritu de partido, el deseo de aménegar las prerrogativas del Monarca!....

—Vamos, que quieren que siga con la categoría de alumno de la escuela de infantería....

—Y que no pueda hacer absolutamente nada, que es el ideal de ciertos monárquicos. Lo mismo le decían á su augusto bisabuelo los puristas de entonces.

—Y que contestó con las mismas palabras casi de Segismundo, no el de Gobernación, sino el otro:

“¡Vive Dios que pudo ser!”

—Dios nos libre de esos respetuosos monárquicos que dicen: no viva el rey, porque es precedero; sino “¡Viva España!” es decir, ¡vivamos nosotros! De todos modos, la cuestión no merece el ruido que ha armado.

GERARDO RODRIGO.

EL GRANO DE TRIGO

Arrojado en el polvo del camino,
en polvo tu existencia se convierte;
eres, entre las piedras, piedra inerte
si á un pedregal te lleva tu destino;

crece tu tallo ruin, pobre y mezquino
si entre cizaña te arrojó la suerte;
y eres, en fértil tierra, planta fuerte
que en sazón ha de dar fruto divino.

La ciega sociedad, cuando condena
en cualquier hombre el mal ó el bien alaba,
ignora que ella misma le encadena

y en la roca del bien ó el mal le clava.
¡Oh humanidad! hasta cuando eres buena
(si alguna vez lo has sido) eres esclava.

VICENTE COLORADO.

EL DERECHO Y EL INSTINTO

Sentí ruido, y me asomé al balcón.

Veinte ó treinta personas, formando círculo,
azuzaban con palabras mal sonantes ó aplaudían
con gritos desaforados á dos mujeres que en el
centro luchaban.

El pelo suelto, los puños cerrados, las bocas espumosas, la remendada saya de la una en pingajos, el pardo mantón de la otra, caído y embarrado en el suelo.... En este estado se daban furiosas embestidas.

Una tendría como cuarenta años; la otra apenas llegaría á los 25.

La de más edad resbaló en la escarcha y cayó; arrojóse la otra sobre ella, dejando ambas al descubierto botas rotas, medias caídas, refajos multicolores, camisas pardas, carnes sucias....

El entusiasmo del público creció. “¡Anda con ella! ¡Bien por la joven!.... ¡Apuesto por la trapería!”.... Esto se oía, coreado por risotadas salvajes....

Entrelazadas, presentando escorzos que no soñó Miguel Angel, vomitando palabras coléricas, las dos mujeres seguían destrozándose. Imposible decir á cuál pertenecía cada miembro.... Eran dos furias en una carne.

De pronto se oyó un grito terrible. La trapería había hecho presa en el carrillo de la otra, arrancándole un trozo, que mordía frenética.

Vibraban aún en los aires los ecos del grito, cuando sonó otro lanzado por diferente garganta... Tres dientes de la trapería habían saltado de un golpe dado por la otra con un guijarro cogido al azar.

—“¡Guardias! ¡Guardias!”—exclamaron algunos de los espectadores, que ya no reían....

Acudieron dos guardias, trataron de separar á las mujeres, ellas se resistieron.... mas al fin, ayudados por los sables, lograron llevarlas á la prevención con las bocas sangrando, las carnes magulladas, los ojos inyectados y las lenguas farfuleando insultos. Los espectadores las siguieron hasta la puerta.

En la prevención se supo la causa de la querrela.

Pasaba la más joven con una hija suya de seis años por junto al montón de basura que había re-

unido la vieja, trapería oficial de la calle; vió un papel liado, lo cogió, y al enterarse de que contenía unos garbanzos, col y un hueso roído, se lo dió á su hija. Lo advirtió la propietaria de la basura, lanzóse sobre la niña para quitárselo, la madre se interpuso, se enzarzaron y.....

.....
Mientras el delegado extendía la partida, la niña, que había seguido á su madre, devoraba llorando el resto del festín hallado providencialmente en el papel.

JOSÉ NAKENS.

DOS BESOS

I

Para luchar en desigual pelea
contra el fiero rigor de la fortuna,
en una noche de esplendente luna
dejé el hogar de mi tranquila aldea.

Junto á la ermita, que al final blanquea,
me despidió, sin esperanza alguna,
la mujer que adoré, más que á ninguna,
bella como la luz cuando alborea.

El toque de oración, lento y pausado,
los ecos de los valles repitieron
cuando iba á separarme de su lado;

la vi llorar, mis brazos la ciñeron,
y en un beso de amor immaculado
nuestras almas gemelas se fundieron.

II

Pasó el tiempo, triunfé; me sonreía
un porvenir brillante y halagüeño,
y, siendo ya de la fortuna dueño,
volví á mi aldea al declinar un día.

Llegué á la ermita, el esquilon tañía
tocando á gloria con tenaz empeño,
y en aquel santuario tan pequeño
el canto funeral se difundía.

Allí en blanco ataúd, lleno de flores,
vi al ángel de mi amor con una palma,
y, al sentir el mayor de los dolores,
otra vez la besé, pero confieso
que penetró hasta el fondo de mi alma
el frío de la muerte en aquel beso.

SANTIAGO IGLESIAS.

GENTE VIEJA

En la inmortal Zaragoza, patria de lo grande y cultísima ciudad donde todo lo español tiene cuna y encuentra arraigo y calor, en 12 de Abril de 1902, se levantó la siguiente acta:

En la ciudad de Zaragoza, á 12 de Abril de 1902, reunióse, en los locales del Ateneo, el Cuerpo de Mantenedores de los Juegos Florales, bajo la presidencia del Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, y con asistencia de los Sres. D. Mariano Ripollés, Rector de la Universidad literaria de dicha ciudad; D. Florencio Jardiel, Canónigo dignidad de Tesorero de la Santa Iglesia Catedral y Director de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País; don Domingo Lizaso, Coronel de Ingenieros; D. Eduardo Ibarra, Catedrático de Historia de dicha Universidad y Director de *La Revista de Aragón*; D. Marcelino Isábal, Diputado á Cortes, y D. Juan Moneva Puyol, Profesor auxiliar de la misma Universidad.

Abierta la sesión, el Sr. Presidente propuso la conveniencia de proceder á la designación del Presidente de honor de la fiesta que ha de celebrarse en el próximo Octubre, para lo cual debía ofrecerse dicha presidencia á persona en quien sobresaliera, con el mérito literario, el amor á la patria aragonesa, mediante los cuales,

tan brillantemente habían caracterizado las anteriores fiestas los Sres. D. Víctor Balaguer y D. Florencio Jardiel.

Y estudiando con toda atención y cuidado por los Sres. Mantenedores el asunto propuesto, opinaron unánimemente que las circunstancias requeridas concurrían, por modo singular, en el Sr. D. Marcos Zapata, príncipe de los líricos aragoneses, el cual con su alto renombre, con sus excepcionales dotes literarias, con su maravilloso decir y con su entrañable amor á la tierra aragonesa daría al Certamen la elevación, dignidad y grandeza que Zaragoza y Aragón entero necesitan.

Y se acordó, en consecuencia, que una vez consultado el acuerdo con el Sr. Alcalde de Zaragoza, jefe del Consistorio Aragonés de los Juegos Florales, y hallándolo dicho señor conforme, se elevara al Sr. D. Marcos Zapata el correspondiente mensaje ofreciendo la presidencia de honor para la fiesta floral del próximo Octubre.

Con lo cual se levantó la sesión, de la que como Secretario accidental certifico.

El Secretario interino, EDUARDO IBARRA. — V.º B.º, *El Presidente del Cuerpo de Mantenedores*, MARIANO DE PANO.

En 24 de Abril del mismo año, nuestro querido compañero Marcos Zapata recibió la siguiente cariñosísima carta:

Zaragoza 24 de Abril de 1902. — Ilustrísimo Sr. D. Marcos Zapata. — Señor mío distinguidísimo: El Cuerpo de Mantenedores de los Juegos Florales de esta ciudad, deseando dar al Certamen del próximo Octubre la mayor importancia, considera que en usted concurren las singulares dotes de patriotismo, alto renombre y significación literaria que tan insigne fiesta necesita; en usted, cantor inspiradísimo de la patria aragonesa; en usted, campeón insigne de las libertades aragonesas; en usted, príncipe de nuestros líricos, que ha sabido como nadie sentir y expresar las glorias y tradiciones de Aragón. Inspirado en iguales consideraciones, siento la mayor satisfacción al transmitir á usted el acuerdo del Cuerpo de Mantenedores y al ofrecerle la presidencia de honor de la próxima fiesta, esperando que se digne usted aceptar el honroso compromiso que Zaragoza entera, por mi conducto, le confía. — Le beso las manos, y soy de usted con la más distinguida consideración afectísima amigo s. s., VICENTE FORNÉS.

GENTE VIEJA considera como un verdadero honor para todos los redactores de este periódico la designación hecha por la inmortal Zaragoza en la persona de nuestro querido compañero y asiduo colaborador Marcos Zapata, de quien la amistad y el compañerismo que con él nos une nos veda decir cuanto Zapata por su talento, su inspiración, su generosidad y su modestia merece que se diga.

Nosotros nos hemos educado en la época del romanticismo; todavía creemos que la patria es algo más que una ficción del derecho y la encargada de pagar el cupón exterior, y que la literatura, cuando se inspira en el sentimiento patriótico, es más arte y más verdad que al ocuparse exclusivamente de lo innoble que hay en la humanidad y en la naturaleza.

¡Viva Zaragoza!
¡Viva España!

LA REDACCIÓN.

UN ROMANCE DE CIEGO

(CON MUY BUENA VISTA)

(Otros, atendiendo al negocio, no á la doctrina, escribieron con menos verdad que cautela, lisonjeando príncipes.....)

(Quevedo, POLÍTICA DE DIOS.)

Con la primera parte de este título (que la segunda es añadidura mía) se ha publicado en una hoja de *La Correspondencia de España* un «Ale-gato por las virtudes reales, contra la falsa razón de Estado, por un bachiller en filosofía» y firmado por quien pudo pasar por simple bachiller en la época á que el romance alude, pero que hoy es sin duda todo un meritísimo doctor..... en ambos derechos, como entonces se decía. Un académico y crítico francés decía hablando de Mr. Renán que «*Il sort de sa retraite de temps á autre, pour nous donner un chef d'oeuvre merveilleux.*» Afortunadamente, sólo en lo de «tiempo en tiempo» se parece á Mr. Renán el Conde de Liniers, quien aunque tarde, pues hace mucho que, alejado del trato de las Musas, permanecía en aparente ociosidad, ha dado este romance que, por dicha, como obra maestra de ingenio, de oportunidad y de gusto literario, compensa su largo silencio. Hacer llegar á los oídos de un rey, al par que los consejos de los Maquiavelos, que no dejará de encontrar, los que un pobre ciego de la calle ha sabido libar, como entonces se decía, en la Política de Dios y el Gobierno de Cristo, es una idea tan delicada, tan oportuna, que sólo haberla puesto en práctica merece el mayor aplauso. En estos tiempos de descreimiento y positivismo cuando:

Ya que es inútil ser justo,
y ser bueno es *inocente*,

decir á un rey:

á Dios pedidle la fe
y la esperanza á los cielos,
.....
sed sobre todo templado,
¡templado hasta en vuestros yerros!
(que ser rey y hombre y no errar
más que ser hombre es no serlo),

es consejo digno de un Fray Luis de Granada y propio de la valentía de un corazón profundamente cristiano.

Sería preciso copiar todo este precioso modelo de enseñanza real para dar una idea de su mérito. No sólo hay en él consejos cristianos, que dada la época del romance son los que más se atendían; hay máximas políticas del mayor alcance que algún día pondrá en práctica el ilustre académico..... cuando, con sentimiento de las Musas, sea llamado á aconsejar, y no con romances de ciego, á algún príncipe reinante.

«¡Señor, pues vais á reinar,
reinad con conocimiento;
que mal podéis gobernaros
si no sabéis conoceros!»

Y en vez de hacerle seguir los dictados de los hábiles que le aconsejen:

«No fiarse del derecho,
que el tenerle ó no tenerle
no ha de daros más razón
si fuerzas daros no puede.»

Hará el pobre ciego llegar á los oídos del monarca esta apelación á la propia conciencia:

Yerros que no se perdonan
.....
son los de la complacencia,
son los del obcecamiento,
son los de la voluntad,
si después de conocerlos
en lugar de detestarlos
quiere amamantarse en ellos!

Un rey, guiado por tales consejos, cuando surja un conflicto con otra nación, no seguirá el maquiavélico consejo de moda:

De concertar con él treguas,
ó proclamarle por jefe,
ó no buscarle camorra,
ó darle lo que pidere,

sino que, recordando los consejos del ciego, sabrá que el príncipe ha de ser:

Muy llano con los humildes,
muy fuerte con los soberbios,
con los vencidos muy blando
y con los rebeldes recio!

pero noto que, arrastrado por las bellezas del romance, apenas he dicho nada de lo que me proponía decir sobre el trabajo último del Conde de Liniers. No lo sienta el lector, y si quiere trasladarse por algunos momentos á aquella época de Saavedra Fajardo, ó del gran Quevedo y gozar un rato de placer literario de buena cepa, lea y medite este romance, que, como en el mismo se dice, y esto es digno, por el fondo y por la forma, de cualquiera de nuestros colosos del siglo XVII:

Son las palabras sin obras,
más que inútiles acentos,
sangría de voluntades,
disculpas de los entecos,
desmayos de corazones
y de la pereza espejos.

Y mis palabras no serían más que eso, y es inútil añadirlas.

«Amar el bien por el bien
y por heredado el reino,»

es el último consejo de este ciego consejero; porque

El cariño y no el imperio
rige al hombre y rige al mundo;
y el amor, cuando es perfecto,
la mejor ley de los reyes
y el mayor bien de los pueblos.

¡Oh! ¡Si siempre llegasen á oídos reales estas santas máximas! Si en vez de la adulación y de la lisonja hubiese un consejero por el estilo, otra sería la suerte de los pueblos. Si la fortaleza, la justicia, la templanza, guiadas por la Fe, la Esperanza y la Caridad como quiere el Conde de Liniers, les dijese al oído á los reyes:

Nadie es fuerte en su conciencia
si no usa de la Templanza;
sólo con Fe y Esperanza
es ley justa la prudencia,

el régimen monárquico sería el ideal de gobierno en lo humano. A conseguir este resultado se endereza la última producción del distinguido académico, de la cual puede decirse lo que un querido amigo del autor, y mío también, dijo hace muchos años haciendo la crítica de la comedia *El tanto por ciento*: «No sólo es una buena obra, sino que es una obra buena.»

Lástima que en lo de perezoso se parezca, únicamente por fortuna, á Mr. Renán. Quien así escribe, no puede, no debe contentarse con vegetar en un sillón de la docta corporación; es más, no *debe*, aunque su posición política le lleve á la actividad de la vida pública, hacer caso omiso de las Musas. Si supiera que tal iba á hacer, aunque deba *holgarme de sus aumentos*, como se decía en la época de su romance, me acercaría al ilustre jefe de cierto partido y le diría respetuosamente en nombre de las Musas *cuya representación ostento*, como dicen los procuradores:

«Muy buenos consejos puede dar al monarca su amigo de usted el Conde de Liniers; pero haga usted que se los dé por escrito..... y á menos que al tiempo de jurar no jure lo contrario que Ovidio..... hágame usted el favor, en nombre de la literatura y de las Musas, de no hacer ministro de Agricultura, ni de Instrucción, ni de nada, al ciego ese del Romance.»

FÉLIX DÍAZ GALLO

Concurso de GENTE VIEJA

DEL MODERNISMO

TEMA:
Libertas.

¿Constituye el modernismo en el Arte una verdadera escuela?

¿Son sus tendencias y sus procedimientos de novedad y trascendencia tales que revelen métodos totalmente desconocidos hasta ahora?

La respuesta negativa dada por muchos á estas preguntas debe ser repetida cuanto sea necesario. El modernismo no representa nada nuevo, nada trascendental, nada respetable en la historia del Arte.

Los verdaderos innovadores artísticos se limitaron á decirnos cómo hablaban á sus sentidos los grandes voces de la Naturaleza, cómo interpretaban sus temperamentos las impresiones que en ellos dejaba el mundo en sus manifestaciones variadas; y cuanto más exacta aparecía la interpretación, cuanto más se acomodaba por su fidelidad y exactitud á lo que el vulgo ve y aprecia de continuo, mayor homenaje de admiración se les rendía.

Y en estos innovadores jamás se encontraba como nota de permanencia característica en sus trabajos la extravagancia. Podrían aprovechar para la mejor armonía de alguna de sus obras aspectos accidentales de los ofrecidos por el modelo de la vida, justificando con tal empleo que lo feo, lo ridículo, lo desproporcionado tienen su papel en el mundo; pero no aceptaron ninguna de estas cualidades como elemento primordial que sirviera al desenvolvimiento de ideas.

Los primeros modernistas tendieron á separarse de los demás creadores de obras de arte, provocando una rebelión que los condujera á formar una escuela distinta de las conocidas; mas carecieron de las energías indispensables á los verdaderos revolucionarios. Toda revolución social, política ó literaria ha de descansar en afirmaciones expuestas con claridad, en principios fijos cuyo enlace y sucesión constituyan doctrina.

Los orígenes del modernismo se contraen á un movimiento afectado, á una reacción del sentimiento artístico, á una serie de negaciones que no han llegado á constituir teoría determinada.

Los modernistas de primera hora fueron pintores: poco después poetas y músicos se sintieron también impulsados á vestir sus musas con los nuevos ropajes que la moda ensalzaba, arrastrados por ese sentimiento de confraternidad que lleva unas artes tras las otras por las mismas corrientes de novedad y de reforma.

Los pintores que pretendían abrir nuevos horizontes á sus inspiraciones, abominaban del naturalismo. Las victorias alcanzadas por los grandes maestros sobre las dificultades que la línea y el color les presentaran para trasladar al lienzo los aspectos externos de la naturaleza y para sorprender estos aspectos en los instantes en que revelan la vida de los seres, hubieron de parecerles poco provechosas para el progreso artístico; dieron á entender que el afán de copiar lo que á nuestro alcance pasa, conduce á esclavitud del pensamiento; y vuelta la vista hacia el idealismo que, á su parecer, padecía y se desmedraba en el olvido, trataron de redimirle proclamándole rey de su actividad estética.

Para desarrollar tal actividad, recordaron el pasado, hallando en la infancia del arte los cánones de su nuevo culto. Les sedujo la sencillez del dibujo de los primitivos italianos y germanos, la cándida expresión de los personajes por ellos retratados, la verdadera fe inspiradora de aquellos espíritus que sin las ligaduras de la tradición interpretaban con libertad absoluta, ya el mundo que les rodeaba, ya los misterios de la Religión cristiana.

Mas el carácter mismo infantil y primitivo de estos pintores imponía á su arte imperfecciones y tosquedades que sólo podían modificar el estudio y el tiempo. Perfectos en el dibujo, con una perfección que asombra por lo inesperada, atendida el olvido que siglos sucesivos de barbarie tuvieron para el diseño, no desafortunados en el color, demostrando con ello que la propia lozanía de su genio

les proporcionaba el sentido armónico con que al cuadro deben transportarse los efectos de luz que recoge la retina, carecían, sin embargo, de aquellas condiciones inherentes á la madurez del desarrollo de un arte y que no pueden improvisarse en los comienzos de su existencia.

Las reglas ineludibles de la proporción, los efectos de la perspectiva, el empleo acertado de las masas de claro y de sombra que quitan al contorno sequedad y rigidez, todo cuanto completa la ilusión y nos hace ver bultos y distancias donde sólo existen líneas y colores, faltaba en los primitivos. De haber continuado la Edad Moderna sin otra tradición pictórica que la iniciada por los artistas del siglo XV, su fracaso en esta manifestación intelectual hubiera sido incuestionable; de otros pueblos y de otras civilizaciones se conservan monumentos demostrativos de igual ó mayor adelanto en la materia; y si los maestros de los dos siglos posteriores no hubiesen escalado la cima de la perfección, los de nuestro tiempo sentirían la melancólica resignación del viajero á quien una fatiga invencible impide terminar la jornada emprendida.

Al iniciarse el modernismo en la pintura se dirigieron las aspiraciones por rumbos abandonados; se tuvo por demasiado avanzado al Arte; se remontó la corriente, y si se *rompieron los moldes* no fué para utilizar otros nuevos, fué para servirse de los que por anacrónicos é imperfectos habían arrinconado generaciones precedentes.

No dejaron los primeros modernistas, sin embargo, de razonar su conducta: según ellos, la idea en la obra de arte no debe ser ahogada por la ejecución; los procedimientos han de venir para manifestar el alma de la obra, no para disfrazarla; y si se quiere conservar en su fuerza principios tales, se impone la simplificación, es indispensable acudir al sistema de los pintores del fin de la Edad Media, en quienes la sencillez de expresión y la combinación poco artificiosa de los objetos que consideraban atributos del asunto tratado, permitían á su pensamiento artístico presentarse claro, asequible á las inteligencias poco elevadas, sin hacer necesaria la interpretación de su alcance mediante críticas ni explicación de antecedentes.

La idea expresada debía, según la doctrina, ganar en intensidad á la vez que se reducía en proporciones; la obra artística precisaba que produjese emociones estéticas profundas. El ánimo se alejaba de las confusiones que ofrece la imitación simultánea de las formas de la Naturaleza cuando se dispone de un espacio reducido, de las enseñanzas que se deducen de las escenas históricas ó familiares previamente arregladas; mas era atraído hacia la comprensión de un símbolo contenido en una composición de elementos sencillos.

Para llegar á este resultado, forzosamente quedaba destruido alguno de los componentes constitutivos del conjunto armónico de toda producción artística; destrucción no evitada, ciertamente, por los modernistas, antes bien apetecida por ellos y reclamada como medio de mejor desarrollo para sus tendencias. Se dió preferencia soberana á la perfección del contorno, y á ella y al símbolo quedó encomendada la virtualidad de la reforma.

Por los efectos de solidaridad que llevan las distintas manifestaciones del Arte por caminos análogos, trascendió el modernismo á la literatura de imaginación.

La poesía, vehículo apropiado para conducir todo linaje de genialidades, fué la primera en sentir la comezón de la novedad.

Verdaderamente no había precedido al movimiento innovador ninguno de esos períodos frecuentes en la historia literaria en que las exageraciones de escuelas determinadas ó la imposición de un clasicismo dogmático coartan la libertad de expresión del pensamiento y fomentan los impulsos revolucionarios de los mal avenidos con tales estados de opinión.

Alguien ha tratado de presentar las primeras apariciones del modernismo como similares á los comienzos del romanticismo. La semejanza no es exacta. Al grupo de artistas jóvenes que se formó en París durante la restauración borbónica y constituyó el primer núcleo de románticos, animaba un mismo ideal literario, político y religioso, ideal confuso en los momentos de su aparición, pero donde claramente se destacaban la tendencia al

misticismo, el culto de las costumbres de la Edad Media, la antipatía hacia la filosofía del siglo XVIII y hacia la Revolución. Ningún ideal en el cual se diseñen términos tan precisos ha proclamado el modernismo; sus confusiones, dispensables en los comienzos de su vida, subsisten en la edad madura que debía haber alcanzado en nuestros días; y si algún parecido puede descubrirse entre ambos comienzos, débese á que unos y otros, románticos y modernistas, sentían ese deseo de novedad constante, acicate de algunos, no de todos los progresos del espíritu humano.

El credo de los poetas separóse muy poco del de los pintores: huir del detalle, simbolizar en un personaje ciertas cualidades abstractas, colocarle en determinados estados psicológicos que pongan de relieve esas mismas cualidades, esfumar cuanto le rodea, lo animado y lo inanimado, obligar á la atención que recoja determinados pensamientos y se penetre de su profundidad. La idolatría del símbolo, el esmero en la traza del contorno, el descuido voluntario de proporciones y términos, las mismas atenciones y los mismos desdenes aplicados á las artes plásticas, servían, salvo las diferencias impuestas por la diversidad de los medios de expresión, á los escritores modernistas.

Lo que con todo ello no se manifestaba era nada notoriamente desconocido, ni siquiera parcaamente usado en las labores de las letras. La sencillez, condición estimable y cuyo acertado empleo es patrimonio de los buenos ingenios, se halla preconizada por todos los amantes del buen gusto; el simbolismo es finalidad propia de la inmensa mayoría de las obras de arte, puede decirse que de todas, pues de artística no merece nombre la que no expresa una idea más abstracta y de amplitud mayor que la que puede ser traducida por el lápiz ó por el lenguaje. Sencillos y simbólicos son Cervantes, Calderón y Shakespeare; no tan sencillos, pero sí tan simbólicos, los maestros del romanticismo; sencillez y simbolismo se encuentran en los clásicos de Grecia y Roma, y en sus imitadores y discípulos de las literaturas de posteriores siglos en países diversos. De la felicidad en traducir los sentimientos humanos y de la importancia que conceden á unos sobre otros arranca la verdadera distinción entre las escuelas.

Antiguos los fundamentos de la nueva doctrina, no podía por ellos reivindicar títulos de novedad; menos podían concedérsele por la originalidad y gallardía de sus procedimientos.

La sencillez y el simbolismo, al erigirse en dogmas, no pudieron esquivar los peligros en que habían de tropezar para sostenerse con pureza independiente: la pedantería, la obscuridad jeroglífica de lo que queriendo expresarlo todo no expresa nada.

El sentido arcaico, la pueril imitación de artistas de tiempos primitivos en que se luchaba por formar un arte ó por reconstituirle con elementos dispersos de épocas pasadas, forzosamente había de llevar á la literatura por caminos de notorio extravío. Si á las imperfecciones del lenguaje se acudía, imitando la indecisión y la pobreza de vocablos de su período de formación, caíase de lleno en vaguedades y se revelaba desde luego que quien utilizaba tan rudimentarios medios de expresión tenía más de retrógrado que de progresivo y no estimaba el valor de un idioma robustecido y vivificado á través de siglos de existencia literaria; á las rimas en uso, aceptadas por el gusto común, dignificadas por el empleo que de ellas hicieran los dioses mayores del Parnaso, sustituían combinaciones de versos, sin armonía ni regularidad, donde se dislocaba la frase, se repetían con frecuencia monótona las mismas palabras y se reunían sustantivos y adjetivos incoherentes; se trataba de renovar la sintaxis y el ingenio de los revolucionarios no iba más allá que cerrando contra unas cuantas reglas gramaticales y reemplazándolas por otras menos precisas y más arbitrarias, sin que con ello la enunciación de las ideas sufriera otra metamorfosis que la de sumirse en mayores confusiones y obscuridades.

Los diversos *cenáculos*, ó por mejor decir parcialidades del modernismo, desunidos entre sí con desunión rayana á veces en enemiga, han carecido de la comunidad de ideales y de principios indispensable para constituir una verdadera escuela. De *decadentes*, *parnasianos*, *prerrafaelitas* y de otros

grupos denominados con nombres tan inexpresivos como los expuestos, se ocupará la crónica de la literatura sólo para que sirvan de ejemplos de *patología intelectual*; si algún artista de entre ellos alcanza para sus producciones la inmortalidad relativa en que viven muy pocos esfuerzos del ingenio humano, deberá el recuerdo á sus condiciones personales, no á haber sido secuaz de una pretendida reforma.

¿Puede considerarse después de lo dicho al Modernismo como escuela? Vuelvo á mi negativa.

La escuela es comunión de constructores, no conspiración de destructores.

¿Debe lamentarse el que no haya llegado á constituir verdadera escuela? De ningún modo.

La escuela, á trueque de legislar sobre el buen gusto, acaba por limitar la libertad. El ingenio, impulsado á marchar por sendas trazadas de antemano, corre peligro de incurrir en artificios y atildamientos. El talento robusto es por propia condición independiente.

¿A qué hablar, pues, de Modernismo? Si pudiera purificarse de sus errores; si animara su doctrina algún nuevo elemento idealista que llevara al público impresiones de deleite, olvidadas ó desconocidas, aún convendría mirarle con prevención y reserva. Sus reglas, buenas para quien las aceptara por personal convicción y las aplicara con ingenua desenvoltura, tal vez perjudicarían los ingenios tímidos, que al observarlas descenderían á medianías.

En la libertad tiene su ambiente el artista; libre en la concepción de sus ideas, libre ha de ser también al expresarlas.

El mundo literario de nuestros días, tolerante, de aficiones cosmopolitas, anárquico si se quiere, no se halla propicio á dar calor á exclusivismos de escuela; aplaude la belleza donde se manifiesta, y si su forma de presentación es incorrecta para unos, la aceptan otros como perfecta y agradable. Lo que no tolera es la sujeción á formas y á métodos universales y predeterminados, á guisa de los que quiere imponer el Modernismo.

Y es que á despecho de novedades, radicalismos y atrevimientos, al que los utiliza como medios de regular las obras del ingenio se le escucha con la burlona displicencia con que se escuchan los golpes que en la pizarra da Beckmesser mientras entona Walther su canción.

MANUEL CONROTTE.

INVITACIÓN

Sr. Director de GENTE VIEJA.

De Tetuan la santa,
de Fez la del Kalifa,
vinieron hace poco
las negras golondrinas.
De los «rawfés» árabes
os traen sus noticias,
y una «kassida» nueva,
compuesta en la kabila.
Venid para escucharla,
la tarde alegre brinda,
el sol con rayos fúlgidos,
las rosas que principian.
Aquí en las «Tres Estrellas»,
las hadas que la habitan,
en la Glorieta mágica
entregarán benignas
pinceles hechizados
y bien templadas líras.
De inspiración raudales
Euterpe garantiza,
los músicos del Dauro
al ruiseñor imitan.
Así podreis solícitos,
pues que nobleza obliga,
que ensalce vuestro genio
las glorias granadinas.

Suyo afectísimo,

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

La reunión á la una de la tarde del
domingo 29 de Mayo de 1902.

EL REY Y LAS BELLAS ARTES¹

I

GENTE VIEJA mantiene el fuego sagrado de las Bellas Artes tan fervorosamente, que no parece corresponder á la glacial denominación de su título; y consiste en que á cada paso que da el hombre en la senda de la vida el concepto de la belleza se agranda, y el calor del espíritu toma mayor fuerza, las energías del corazón se robustecen, y la fantasía, rica de imágenes depuradísimas y propias, suministra á la composición y juicio todos los elementos necesarios que completan el estudio de lo bello. La nieve de las cumbres alimenta el horno y las riquezas en las entrañas de los montes.

La hermosura esencial de Dios y lo hermoso de todo lo creado echan llamas en el corazón del hombre, y éste arde en deseos de intimar en los efectos regulares y fenómenos de entrambas magnificencias. Quede para el teólogo el arrimarse al estudio y exploración de la primera, y con sentidos de largo alcance y terreno entendimiento atisbemos las manifestaciones y secretos de la segunda.

En la esencia divina bullen, desde que Dios es Dios, eternamente los tipos de todos los seres que fueron, son y serán. De la misma inteligencia resulta la manera de ser formal de todos y cada uno de los individuos, inertes y no inertes, de la Creación, que por la eficacia del amor divino tuvieron, tienen y tendrán existencia. De aquí tomó su origen la belleza física en sus dos especies material y dinámica; y ésta con energías vitales ó no vitales.

La bondad substancial de todas las cosas creadas, quiere decir perfección de cada una de ellas y del conjunto que las contiene y sustenta; y la perfección no es otra cosa que belleza derivada, vestigio de la belleza divina, para que todo ser humano la alcance, sienta, comprenda y admire.

El ángel, espíritu puro, no la siente, la goza, porque con su manera de entender abarca y se da cuenta de hasta qué punto la belleza física de todo el mundo participa, en cuanto refleja, de la hermosura de Dios.

De muy diferente manera se apodera el hombre de la belleza de acá. Los sentidos externos no transmiten más que sensaciones de objetos singulares: y la fantasía no elabora en su crisol sino imágenes y fantasmas sobre las especies sensibles singulares transmitidas por los sentidos; los fantasmas aquilatados hasta casi espiritualizarse dan materia al rico tesoro de la inteligencia, consistente en ideas que, manejadas por la razón, compara todos los lineamientos espirituales que les dan existencia propia, y por ellos se fija en la armonía de las proporciones, en lo característico del color, en el encañamiento de los sonidos y en la unidad de cada cuerpo y de toda la máquina mundana, y, principalmente, en la belleza compleja del hombre.

Este, aunque no lo crea, no pasa del disfrute de la belleza física. No relacionándola con la hermosura divina, el hombre se empequeñece al querer apoderarse, sin conseguirlo, de ella. El gozarla supone plena posesión de la misma, y aquí, en la tierra, no se llega á tanto. Una sola substancia espiritual humana supera en calidad y energía á toda la naturaleza inerte, pero encerrada entre huesos y carne, aunque pueda ir con el pensamiento y sin tasa del lugar y tiempo, delante, á la zaga y entre las cosas que por sus veces unas tras otras se han sucedido, y suceden y sucederán, mientras con el cuerpo mortal coexista, alcanzará poco atalayando con los sentidos. En el mundo no distingue más que cosas hermosas, no está en él la hermosura substancial, que es en solo Dios; y toda la extensión mundana no encierra en sí todo lo hermoso. Aun queda el inagotable venero de los innumerables posibles que llegarán á la existencia á su debido tiempo.

Dios, que torna hermosos á los seres, y á cada uno según el género y especie en que está colocado, quiso que el hombre, al contarse entre lo creado, disfrutara de una admirable y muy poderosa propiedad, y que es una potencia activísima y productora, la cual, apoderándose del secreto de las formas bellas de la Naturaleza, sembrara en el

entendimiento y en la fantasía los gérmenes de otra creación: la creación del Arte.

Una misteriosa luz, dejada por la divinidad en las criaturas, las baña de colores y tintas esplendorosas y esplendorosas, después de distribuidas aquéllas en concertadísimos grupos que regularmente obedecen á una corriente, aún desconocida, que las impulsa, y á determinadas distancias las

El artista de alma, entendimiento, voluntad y fantasía, y no de nombre, infunde belleza en las obras que sus manos exteriorizan, bañándolas del rayo de luz que su genio, más ó menos fecundo, haya podido acaudalar en la contemplación de la Naturaleza, caudal sobrepuesto á la riqueza natural de luz que Dios deposita en el espíritu del genio que se perfecciona con el estudio y asidua observación; pero que puede apagarse del todo ó explayarse en fosforescentes ráfagas, por la holganza y el abandono. Genio no cultivado, es genio completamente perdido.

Leyes tan íntimas y delicadas vuelven la espalda al impresionismo y sensualismo asqueroso. Tampoco encajan las fascinadoras iluminaciones del genio, transmitidas por lo peritísimo de sus manos, en los que no pasan de creer que el secreto artístico se extiende velado desde el codo hasta la uña del dedo corazón.

Y tanta es la riada de despropósitos psicológica que descarna los campos de la crítica artística racional, severa y justa, que se nos concede libertad para ver, como si los sentidos externos pudieran darse el gustazo de cambiar sus funciones ó de elegir por sí mismos lo que hayan de aprender. Cuando un dromedario obre sobre la potencia visiva, todo el que no tenga el entendimiento barrenado sabe que las imágenes que se producirán en las niñas de los ojos no pueden ser ni aun las de una libra esterlina.

Es cierto que se han publicado muchos errores; pero tan gordos como estos, *libertad de sentir*, *libertad de impresionarse*, no se han dado á conocer en España hasta el siglo XX. Niegan la naturaleza del hombre, y toda la doctrina que la Iglesia ha definido acerca de la forma substancial del cuerpo, el alma.

Asentadas estas observaciones, muévome dentro del riquísimo campo del Arte español para considerarle según su verdadera razón de ser, y, que yo sepa, ninguno le ha estudiado yéndose derecho á la raíz de su esencia.

El Arte es la manifestación más grandiosa de la ley de la Providencia, dentro de la historia y en el plan de la ordenación divina.

Los pueblos idólatras, desde los tiempos de la primitiva Caldea hasta la caída del Imperio Romano, en todos los sitios conocidos nos han dejado en sus monumentos artísticos el desarrollo de la idea de Dios, el desenvolvimiento de la suprema autoridad y el sentir y pensar de las naciones. Hay más: en el Arte, por sus obras, quedan trazados la germinación, el crecimiento y maduro fruto de la patria.

Ahora no me he de poner á demostrar una tesis tan interesante, sobre clarísima, para todos los que sepan los dos caracteres esenciales del Arte, haciendo estancia en el Arte universal. Hago pie en el Arte español, y dejo, desde luego, clavados los siguientes jalones:

Primero. Por el Arte antiguo español venimos en conocimiento de las divinidades religiosas, templos, lenguas, circunscripciones y oficios peninsulares.

Segundo. El Arte de los Visigodos nos lleva á Bizancio y á la Siria, y con él se alcanzan la extensión del pueblo que sucumbió en el Guadalete, y la influencia decisiva que tuvo en el Arte de los vencedores.

Tercero. Desde el alba del Arte románico se inicia el hecho más notable que hay en el mundo, traducido y conservado todavía en piedra, y es que la grandiosa serie de nuestra arquitectura románica, coronada de las construcciones ojivales, señala cronológicamente el ensanche de Castilla al compás de los años y siglos, hasta dejar clavada sobre las cúpulas granadinas la cruz de la redención española, cruz de redención española de tan soberana é insensible energía sobrenatural, que en manos de nuestros héroes, sacerdotes y soldados, infiltró la civilización cristiana en nuevos mundos que hizo salir de las ondas del mar.

En toda esa portentosa y sucesiva elaboración artística queda encarnada la grandeza de la majestad real, entendiéndose bien, no como substancial á la patria—no hay que adular, y menos con el error—sino como un accidente muy importante de ella: majestad real ó soberanía de hecho, que ni ha estado, ni estará, ni debe, ni puede estar sobre todo límite de ley; enunciación que sólo podría salir de quien intentase formar príncipes más perversos que los educados á lo Maquiavelo.

Cuarto. Puesta en actividad la reconquista de la patria en manos de los habitantes de las montañas del Norte de nuestra España, íbanse cegando las fuentes latinas; y en admirable concierto con las arquitecturas románica y ojival, empezaron á brotar y á ir creciendo los romances hablados. Poco á poco tomaron transparencia y gran caudal sus aguas, y á cada avance arquitectónico respondía un avance lingüístico; y al quedar realizada la unidad nacional, la lengua castellana se encontró en condiciones de dar al mundo las grandes obras que hoy componen el mayor y más rico tesoro de la inteligencia humana.

Año por año, y siglo por siglo, escrita dura en nuestros archivos y en otra clase de tesoros, muy mirados pero todavía no vistos, la energía vivificante que los monarcas españoles vinieron dejando en nuestro lenguaje, desde Pelayo hasta el Marqués de Santillana.

El Arte y la Lengua nos dicen qué han sido nuestros reyes.

BECQUERIANA

Cuando sentí de amor la dulce herida
que tu mano me abrió,
el placer más intenso de mi vida
mi ser estremeció.
Hoy, que de pronto, con frialdad te alejas,
tanto me haces sufrir,
es tan honda la pena que me dejas,
que me siento morir!

ANGEL AVILÉS.

¿QUE ES HONOR?

¿No es verdad, amado Teótimo, que vivir en dos tercios del siglo que pasó é ignorar *eso*, es ya el colmo de la ignorancia? Pues en ese colmo navega mi inteligencia, y más señales veo en ella de sufrir un naufragio que de llegar á seguro puerto.

¿Es honor no cometer acciones que signifiquen desprecio de las leyes? ¿Sí? Pues cuantos se baten en duelo las desprecian.

¿Es honor no cometer acciones que perjudiquen á los demás? ¿Sí? Pues conozco millares de sujetos que por recomendaciones, por influencias ó por motivos menos desinteresados, ocasionan perjuicios graves y se consideran muy honrados.

¿Es honor no subvertir los principios de moral universal? ¿Sí? Pues los subvierte quien reta á otro sabiendo que entre ambos no se puede concertar igualdad de condiciones.

¿Es honor revolverse contra quien injuria, sabiendo que éste ha de ensartarle en un santiamén? ¿Sí? Pues el ensartado quedará con tanta honra, con tantos laureles que no se podrán contar, como los Papas de la fábula, si él no viene á contarlos desde el otro mundo.

¿Es honor ocupar el tiempo en la fructífera labor de manejar las armas y dedicarse luego á brabuquear por esos mundos de Dios? ¿Sí? Pues entonces el dinero para costear las lecciones y el vagar para aprovecharlas, serán símbolos de caballería.

Etcétera, etcétera. Me parece que he colocado bien estas etcéteras.

De suerte que un usurero, un prevaricador, un vividor de negocios ruines, si se bate cuando le provocan ó provoca para que se batan, es un hombre de honor; y un infeliz que no se bate porque no sabe ó porque no

1 El autor de estos artículos, persona conocidísima entre los literatos, desea conservar el incógnito hasta que publique el último de la serie.

quiere, es sujeto deshonorado, aunque no tenga sobre su conciencia ni delito, ni falta, ni aun esa grosería que tanto se enseñorea hoy de la gente española. Si esto es así, proclamo de nuevo mi ignorancia.

Yo creo que con lance y sin lance el malvado es un hombre sin honor y el correcto es un hombre honrado; pero no tengo mucha fe en que esa mi creencia se halle bien fundada; mi ilustre compañero Manuel del Palacio ha escrito:

De Ceuta ó de Melilla
tráeme el primer tunante de Castilla;
dale, al llegar aquí, mucho dinero,
y al mes te lo devuelvo caballero.

Esa es otra noción del honor que no cabe en mi sistema, la de *el dinero es honor*; pero puede ser más exacta que la mía, pues coincide con la de Quevedo cuando dice:

Poderoso caballero
es Don dinero.

Es decir, que este no es sólo símbolo de poder, sino además de caballerosidad; de lo cual ya fué precursor el Arcipreste de Hita escribiendo:

Si fueres á Roma y tuvieses dineros
habrás consolación é del Papa bendición,

porque es evidente que en Roma no iban á consolar y bendecir al que fuera hombre sin honor, ni á considerarle digno por el sólo hecho de tener dineros, á no ser proclamando á priori que estos eran signos irrecusables de honrabilidad.

Por otra parte, ha entrado en nuestras costumbres la de no preguntarle á nadie de dónde proceden sus dineros; si los tiene, basta; y si alguien dice que fueron mal adquiridos, lo que se ve todos los días, el acusador se queda en berlina y el acusado con toda la honra necesaria para seguir estrechando todas las manos y disfrutando, con general aquiescencia, del *vil metal*, que vil y todo honorifica á su poseedor.

Quedo, pues, ignorando lo que es honor, y precisamente cuando éste escasea más, á juzgar por la importancia del pedido y pese á la enorme diferencia que media entre la oferta y la demanda.

Mi situación es muy grave; pues si se me propone lance y lo acepto, arrostro el riesgo de batirme con quien en mi concepto no lo merezca; y si lo rechazo, me expongo á desairar á un sujeto dignísimo.

He resuelto, pues, no provocar á nadie; y si se me propone un duelo, elegir la pistola, y en vez de apuntar recíprocamente sobre el individuo, dirigir la puntería á un árbol y declarar que tiene razón quien haga blanco y si lo hacemos los dos, que ambos resultamos igualmente razonables.

Este procedimiento no es nuevo, y es tan ridículo como cualquiera otro, pero evita la jaqueca de las actas, salta por encima del Código penal y tiene la ventaja de que los combatientes pueden almorzar antes, en ó después del lance, en vez de verificarlo sistemáticamente después, según se ha venido haciendo desde los tiempos más remotos.

Lástima que el afán de batirse, despertado ahora tan á destiempo, no hubiera surgido hace algunos años, porque entonces, ó se hubieran batido todos los que ahora lo desean ¡y cualquiera puede con nosotros! ó propongo mi sistema, lo aceptan los americanos, hacen blanco, les damos la razón y las islas, conservamos mucho oro y mucha sangre y el honor no sufre detrimento.

Pero, en fin, como aquello no tiene remedio, limitome á declarar que para mí el propuesto sistema es irremplazable, él salva todos mis escrúpulos, porque yo considero á todos los árboles dignos, honrados, decentes y hasta ilustres, si son robustos y desinfectantes; el eucalipto, por ejemplo, merece toda mi consideración. Lo propondré si llega el caso.

DANIEL BALACIART.

SOLEDAD

Cuando abatido dejo mi casa
y al campo salgo, triste y sombrío,
tal vez me quedo mirando al río,
tal vez me quedo mirando al mar:

como esa linfa que pasa y pasa,
fueron mis dichas y mis venturas;
como esas olas mis amarguras,
que van y vienen sin descansar.

Mudo y absorto, solo y errante,
ya en mí se cifra mi vida entera:
nadie se cuida, nadie se entera
de los suspiros que al viento doy.
Ya no me queda ni un pecho amante
que con sus penas mis penas junte,
ni un dulce labio que me pregunte
de dónde vengo ni adónde voy.

Nadie ve el duelo que mi alma llena;
mis negras dudas á nadie fio;
todas mis fuerzas embarga un frío
que al fondo llega del corazón;
y á solas paso mi amarga pena,
y á solas vivo y á solas muero,
como en la nieve muere el cordero
que entre la zarza dejó el vellón.

FEDERICO BALART.

CONSECUENCIAS

DE LA

ASPIRACIÓN Á UNA CORONA

Desgracia tuvo el Rey Don Fernando VII, á quien el pueblo de Madrid dió el sobrenombre de *Deseado*, dedicándole un raquíco monumento en la calle de Toledo, al que hoy han dado el nombre de la *Fuentecilla* por haber allí dos pequeños surtidores donde recogen agua los vecinos; y digo que tuvo desgracia, no por el monumento que he citado, sino por la ambición de sus hermanos Don Carlos y Don Francisco de Paula.

El primero por sus aspiraciones al Trono de España, y el segundo por su aspiración también al Trono de Méjico.

Reunidos los notables de Méjico, quisieron hacerse independientes de la madre patria, fundando para ello una monarquía propia; pero la dificultad estaba en encontrar un Príncipe que aceptara la Corona de la nueva monarquía.

El Cabildo capitular, bajo la presidencia del Arzobispo, en la Catedral, discutió largamente á qué Príncipe había de ofrecerse la Corona. La mayoría optó por un Príncipe español, y no encontraron otro más á propósito que Don Francisco de Paula, hermano tercero del Rey Fernando VII.

La mayoría del Clero votó por Don Carlos; pero el Arzobispo les hizo comprender que, pudiendo ser Don Carlos el heredero del trono de España si el Rey Fernando no tenía hijos, las cosas volverían á estar en un ser y estado tal como en aquellos momentos se encontraban.

Esta manifestación produjo su efecto, y casi por unanimidad fué aclamado Rey Don Francisco de Paula, y entonces se acordó nombrar una comisión de cuatro personas que, presidida por el Arzobispo, hiciera la oferta al Infante y levantara el acta de aceptación.

La comisión se embarcó, llegó á Madrid, tuvo reservadamente varias conferencias con Don Francisco, el que estuvo vacilante algún tiempo; pero convencido por el Arzobispo y los notables, por fin aceptó y se firmó el acta, recibiendo Don Francisco en onzas mejicanas 70.000 duros para los gastos de viaje, de cuya cantidad dió recibo á uno de los notables, que en calidad de Tesorero había venido en la comisión, y era el Licenciado en Derecho D. Francisco Suárez y Sapino.

Don Francisco prometió que en el término de un año se embarcaría, cuando encontrase ocasión de no hacerse sospechoso á su hermano, ideando un viaje á Santander, donde fletaría un barco y en cuya ciudad debían esperarle dos de los notables de la comisión.

Pocas conspiraciones se han llevado á cabo con tanta reserva y sigilo como esta. Ni en Méjico el Virrey, ni la Audiencia pretorial tuvieron la menor sospecha de esta trama, ni tampoco en Madrid el Rey y sus ministros supieron nada hasta más adelante.

Don Francisco, que al principio había tomado la cosa con entusiasmo, poco á poco fué enfriándose, ya porque le pareciera demasiado fuerte para llevarla á cabo, ó ya por temor á su hermano; así es que con pretextos fútiles fué engañando y dando largas al Arzobispo y á los notables, haciendo pasar el año del compromiso.

Los notables, el Arzobispo y el Clero se impacientaban, y Suárez y Sapino continuamente le instaban para que hiciera el viaje y cumpliera su promesa.

Viendo que sus deseos no se realizaban, á las súplicas y ruegos sustituyeron la amenaza, y reclamaron del Infante Don Francisco la devolución de los 70.000 duros, cantidad hoy casi insignificante, pero que en aquella época tenía doble valor á pesar de no existir los cambios como hoy.

En la imposibilidad de devolver dicha suma, Don Francisco se vió en un terrible compromiso, y una tarde, en el palacio de El Pardo, se arrojó en brazos de su hermano, confesándole toda la trama, pero manifestándole que, arrepentido, había renunciado á sus propósitos y tenía siempre la intención de decirselo y no acceder á las pretensiones de los mejicanos; pero que en aquel momento se veía asediado por Suárez y Sapino para la entrega del anticipo que había recibido.

El Rey Fernando reprendió agriamente á su hermano, pero por último le perdonó, diciéndole:

—Parece imposible que tú, á quien yo he querido siempre como un hijo más que como un hermano, hayas dejado que pase por tu débil imaginación el hacerme traición. ¿Te faltaba algo á mi lado? ¿No tienes en la lista civil una pensión suficiente para todas tus necesidades?

Don Francisco cayó á los pies del Rey, murmurando entre sollozos:

—¡Perdón..... perdón..... hermano! La ambición me cegó.

—Levántate, ven á mis brazos, yo te perdono. Ahora procuremos el ver cómo pagamos á estos señores.

Por un Decreto del Rey, ocho días después fue desterrado el Arzobispo de Méjico al Perú; pero supo burlar la vigilancia del Virrey y huyó á refugiarse en Roma; los demás cuyos pocos nombres conoció el Rey, fueron extrañados de Méjico al litoral de América; pero quedaban Suárez y Sapino, que se fueron escapados, primero á Inglaterra y después á Francia.

Reunidos en París Suárez y Sapino con algunos de los notables de la Comisión, viendo que ellos no podrían nunca recobrar los 70.000 duros en onzas, idearon el entregar el recibo y el acta de aceptación de la Corona al Embajador de Rusia en España, que á la sazón se hallaba en París; y como la persona de éste es inviolable, el Rey nada podía hacer contra él, y si el Infante no pagaba, el Rey pagaría, para evitar el escándalo.

Hizo Suárez saber esta determinación al Infante, y éste, á su vez, se la comunicó al Rey, el que le dijo, paseándose como tenía de costumbre con las manos en la espalda:

—No tengas cuidado, estate tranquilo; tranquiliza á Carlota, tu mujer; corre todo de mi cuenta.

Efectivamente, el Rey tomó sus precauciones. Llamó á su Ministro de Gracia y Justicia, que á este cargo reunía el de Superintendente de Policía, y acordaron lo que debía hacerse.

El Embajador de Rusia debía llegar en posta á Madrid por el camino de Aragón, pues se había detenido primero en Tolosa de Francia, luego en Perpignán, después en Barcelona y dos días en Zaragoza. Como se ve, no había tiempo que perder.

Un día triste y lluvioso del mes de Noviembre salieron de Madrid doce jinetes, vestidos de corto y á estilo de los manolos de aquella época, con pañuelos á la cabeza y sombrero de calaña, envueltos en mantas pardas lorquinas y armados cada uno de una bocacha ó trabuco, un par de pistolas y un enorme puñal. Todos ellos llevaban enormes barbas postizas, y se dirigieron hacia Alcalá de Henares. Pasada la venta del Espíritu Santo, y en un recodo que forma á cierta distancia la carretera, situáronse dos de los jinetes, con orden de no dejar pasar á los pocos trajineros ó arrieros que iban en dirección de Alcalá y Guadalajara; los demás se dirigieron hacia el puente de Viveros, quedando dos á la entrada de la dehesa de la Muñoza y otros dos en el camino de San Fernando,

con la misma consigna que los de la venta del Espíritu Santo. Los seis restantes y el jefe que mandaba la partida se colocaron á la cabeza del puente que mira á Alcalá, y el que los mandaba al centro.

Iba anocheciendo cuando se oyó el ruido de la silla de postas en que venía el Embajador de Rusia, Marqués Demiloff.

El jefe, que como hemos dicho se situó en el centro de la cabeza del puente, dió al delantero, al aproximarse la silla de postas, la voz de alto, disparando al mismo tiempo su bocacha y dejando muerto uno de los caballos de mano. A la detonación acudieron los seis jinetes restantes, rodearon la silla de postas, hicieron bajar á los viajeros y postillones, los amarraron con cuerdas que á prevención llevaban y los tumbaron boca abajo en la cuneta del camino; hicieron bajar los equipajes y los desbalijaron de cuantas prendas de valor llevaban, así como del dinero y de una cartera en la que el Embajador había colocado el recibo de los 70.000 duros y el acta de aceptación de la Corona de Méjico por el Infante Don Francisco. Cargados con el botín, regresaron á todo escape á Madrid.

Dos horas después unos arrieros de Alcalá desataron á los postillones, al Embajador y su servidumbre, y desenganchado el caballo muerto prosiguieron su camino hacia Madrid, donde llegaron á las doce de la noche.

Al día siguiente el Embajador presentó su queja al Superintendente de Policía, y éste dió orden para que toda ella se pusiera en busca y persecución de los ladrones y procuraran recobrar los objetos robados.

Al anochecer de este mismo día Calomarde, que como sabemos era el Superintendente de Policía, presentó al Embajador todos los objetos robados, dinero, joyas y relojes, pero la cartera con el recibo y el acta de aceptación no pudo parecer, por más diligencias que se hicieron.

El Rey llamó al Infante Don Francisco, su hermano, y le dijo:

—Hermano, ya nada tienes que temer; el recibo y el acta están en mi poder.

—¡Cuánto tenemos que agradecerte!—dijo la Infanta Carlota.—Y al mismo tiempo ella y él se abrazaron al Rey.

—Ahora—les dijo el Rey—tened cuidado y no volváis á darme otro disgusto.

Dícese que el recibo, ó sea los 70.000 duros, fueron pagados diez años después. Podrá ser verdad, pero á mí no me consta; y como verídico historiador así lo consigno.

EL CONDE FABRAQUER.

LA BELLEZA

En vano es definir qué es la belleza, si Platón no la enseña, la adivina, que del alma la antorcha no ilumina dónde acaba su linda y dónde empieza.

Yo no lo sé: mas siento en mi cabeza su ritmo y ley, su norma peregrina; ella impera mi carne y la domina, ella sacude mi mental pereza.

La siento en mí, como el que nace ciego, muerto á la luz de la radiante aurora, siente el calor de su amoroso fuego;

y aun estoy por saber y hasta lo dudo, cuando me han presentado á esa señora,..... pero cuando la encuentro la saludo.

ANGEL SÁNCHEZ PESQUERA.

HIGIENE SOCIAL

DOS ESCUELAS

No sé, á punto fijo, el nombre de la calle. Sólo recuerdo que es una travesía angosta y sucia en barrio populoso de esta Villa y Corte.

Hacia su mitad, en la acera de los números impares,

se encuentra una casa de estrecho zaguán, alumbrada antes de que sea de noche por un farolillo que pende del techo, allá en el fondo, al comienzo de escalera tortuosa cerrada en su primer descanso por tosca cancela de hierro como la entrada de una jaula.

La fachada de este edificio, modelo clásico de muchos de igual género, corroída por los embates del tiempo y de la lluvia, pobre de huecos, con un solo balcón, al que cubre durante el día chillona cortina de franjas azules, revela á simple vista uno de esos *ba-zares*, escorias de la civilización, donde se venden estatuas vivas saturadas de alcohol, de hastío y de impurezas.

No falta á los lados de este burdel, ni el portal del zapatero remendón, ni la taberna disfrazada con el pomposo nombre de «Casa de comidas y de bebidas.»

Y frente por frente, por inexplicable depravación de la higiene, véase otra casucha, aunque de mejor aspecto, con tres pisos, guardilla y sotabanco, que ostenta, sujeto á los dos únicos balcones del entresuelo, el siguiente rótulo:

«Escuela municipal de niñas.»

Tendrá el local que ocupa el colegio, próximamente, 10 metros cuadrados, sin más luz ni más ventilación que la que penetra por la estrecha calleja.

Allí se reúnen los días de trabajo más de veinte niñas, algunas de muy tierna edad; otras, en los albores de la adolescencia, en esa época misteriosa de la segunda infancia que impulsa á la mujer embrionaria á dejar la muñeca para abismarse en lo desconocido. Allí pasan la mayor parte del día sujetas á la pequeña silla, inclinadas sobre la labor; allí reciben las primeras inspiraciones del hogar por boca de una profesora rutinaria, solterona á fuerza de despechos; allí aprenden á sentir y amar, pero en atmósfera cargada de alientos, sin sol, sin aromas y sin alegría, donde la niña se forma enclenque y enfermiza como las plantas cultivadas en una cueva.

Allí también rezan; y cuando sus vocécitas de ángeles entonan una plegaria mística, suelen sus ecos confundirse con el canto lúbrico de las mujercuelas de enfrente, al cual acompaña el martilleo del zapatero ó el batir de las palmas de algún borracho en la taberna.

* * *

Entre todas las niñas llamaba la atención por su aspecto triste y enfermizo una jorobadita de edad indefinible, á quien dieron al nacer, para sarcasmo de su porvenir, el nombre de Rosa. Toda la vida de esta pobre criatura parecía reconcentrada en sus ojos, grandes y expresivos como dos luceros rodeados de nubes.

Hija del acaso, había crecido mal, privada de aire y de luz, entre el colegio y la guardilla de la misma casa.

Su madre era una mujer del pueblo, joven y hermosa; tan hermosa, que eso mismo le ocasionaba su propia desventura.

Yo la conocí, con motivo de mi profesión, y me refirió su historia.

¡Las páginas de siempre!

Nació no sabe de quién. Se educó en el arroyo y amó con el amor salvaje de la naturaleza que reproduce la flor con el polen que trae el viento. La llamaban María.

—Desde que vine á esta casa con mi hija—me dijo señalándome el mezquino cuarto donde habitaba,—estoy más tranquila. Dejo á la niña en el colegio, y yo me voy al taller. Gano seis reales y esto me basta. Lo malo es cuando mi niña se enferma. ¡Está siempre tan delicada! Cierta noche.... ¡no quiero acordarme! Estaba yo loca, sin saber qué hacer. Mi hija se moría y yo no tenía nada que darle, ni alimento ni medicinas. Salí á la calle, á la ventura. Pedí una limosna y se burlaron de mí. Eres muy guapa — me decían. — Desesperada, presa de un vértigo, daba vueltas alrededor del mismo sitio, cuando de pronto vi una luz oscilante en aquel maldito portal de esa casa maldita..... No sé lo que hice....., pero mi hija tuvo pan.

Al llegar á este punto suspendió su relato para enjugarse una lágrima y disimular un poco lo encarnado

de sus mejillas. Después exclamó, como si quisiera poner un nudo en su conciencia:

— ¡Qué horrible sacrificio!

— ¿Por qué no se muda usted de calle? — la interrumpí.

— No puedo — me contestó. — Debo tres meses al casero, estoy muy cerca del taller donde trabajo y la maestra no me lleva nada por cuidarme la niña. Verdad es que el local es muy malo, pero todas las escuelas de esta clase son lo mismo. Así mi hija se puso enferma. El médico de antes decía que era raquitismo y me aconsejó que la llevara á tomar baños de mar. ¡Qué cosas tiene! Como si yo pudiera. Lo que hago es sacarla todos los domingos á que tome el sol á las Ventos del Espíritu Santo. Allí se distrae con los coches que pasan y juega con las arenas del suelo y bebe agua en el arroyo. Bien quisiera llevarla á la Casa de Campo; pero dicen que este parque, que es muy sano, pertenece á los reyes. Y ya ve usted; para mí, la hija de mis entrañas es la reina.

No quise oír más. Me despedí de María, llevando en mi cerebro un torbellino de ideas, pensando en las leyes fatales á que obedece el mundo físico y el mundo moral, y que dan origen á la atrofia del niño y á la degeneración de la mujer.

* * *

Después de la escena que acabo de referir pasé una larga temporada fuera de Madrid. A mi regreso me entregaron un papel que decía lo siguiente:

«Venga usted, por Dios, doctor, mi hija se muere.— María.»

Me apresuré á acudir al llamamiento, aun temeroso de llegar tarde.

En efecto, Rosa había muerto de un mal sin nombre, como el origen de su vida. Atrofia hereditaria, falta de luz y falta de oxígeno.

Cuando llegué á la casa, sacaban el pequeño cadáver envuelto en un sudario más blanco que el armiño y colocado en una cajita, también blanca, adornada con modesta corona de flores.

Era una tarde de Mayo. Los tibios rayos del sol iluminaban con matices crepusculares aquella triste escena.

Las niñas salían al mismo tiempo del colegio alborotadas y retozonas, gritando á todo gritar, pero sin esa alegría de la primavera que modula en la garganta del niño acentos de poesía, y al ver el fúnebre cortejo se agruparon alrededor del humilde féretro. Parecían mariposas revoloteando en torno de un lirio marchito. Algunas se inclinaron respetuosamente; otras permanecieron impasibles, con el estoicismo glacial de la inocencia. ¡Aurora de la vida en que la muerte es un sueño!

De pronto resonó en medio de aquel silencio solemne un grito agudo, prolongado, como lamento de agonía, que sólo puede brotar del corazón de una madre.

* * *

Ha transcurrido un año.

La escuela y el lupanar siguen en el mismo sitio. Al declinar el sol, una hermana de la Caridad atraviesa con lento paso la calleja, dirigiendo furtivas miradas al colegio y á la casa de enfrente; miradas que encierran todo un poema de recuerdos. Aquella mujer, más hermosa aún con el traje de religiosa, es María, que trocó definitivamente su nombre y su destino.

Se llama Sor Angeles.

Esclava ayer de la miseria; abandonada al nacer, sin nombre, sin familia, viviendo sólo para su hija, es hoy la sierva del Señor dedicada al consuelo de los que sufren.

¡Qué trasfiguración más completa!

Primero el amor ciego, con sus idilios y su corona de siemprevivas; después la maternidad, el olvido, el trabajo improductivo, la guardilla, el frío, el hambre; una materia que se vende y un alma redimida por el ejemplo sublime de la caridad cristiana.

Y en medio de la obscura travesía, en aquel centro de sombras, destácase la figura de Sor Angeles, con sus

ojos expresivos que irradian dulcísima luz, como la imagen de la Redención humana, símbolo del bien interpuesto entre dos abismos:

La escuela de la escrófula y la escuela de la depravación.

M. B.

COMERCIO HISPANO-AMERICANO

Notabilísima, por todos conceptos, ha sido la conferencia que el eminente jurista D. Rafael Calzada dió en el Círculo de la Unión Mercantil é Industrial de Gijón el 12 de Mayo último.

El doctor Calzada, persona de vasta ilustración é inteligencia privilegiada, ha residido muchos años en América, que conoce de Norte á Sur, y pocos hay tan autorizados como él para tratar del asunto de que fué objeto su conferencia, es decir, del comercio entre España y América.

El discurso pronunciado en Gijón por el Sr. Calzada está lleno de enseñanzas, y debe ser leído con interés y detenimiento por cuantos en España se dedican al comercio ó á la industria.

La índole de nuestra revista no nos permite insertar íntegra la conferencia del doctor Calzada, pero felicitamos cordialísimamente á nuestro amigo y colaborador por su brillante campaña.

BIBLIOGRAFÍA

Otra de las importantes obras publicadas por la "Biblioteca Científico-Filosófica" es la titulada *Génesis de la idea del tiempo*, debida á la pluma del inmortal Guyau y traducida por Ricardo Rubio. Va precedida de un luminoso prólogo del gran amigo y constante admirador de Guyau Alfredo Fouillée, y basta para encarecer su importancia hacer presente que es una importante modificación de la teoría evolucionista.

Árida en su esencia la maravillosa pluma de Guyau, la hace amena logrando arrastrar, no sólo al filósofo, sino al lector indiferente; poeta siempre, asombra al observar que la memoria y la simpatía tienen en el fondo el mismo origen; suspende haciendo ver cuán próximo del remordimiento está el recuerdo, y coincide con L'Harpe diciendo: que el recuerdo es el fondo más sólido sobre que trabaja el artista.

Su poesía *El tiempo*, inserta en el segundo Apéndice, es maravillosa. ¡Lástima que no la haya traducido un poeta!

* *

Un soldado de ayer es el título de un precioso librito del ilustre Manuel del Palacio; sus cortísimas páginas se devoran, y hay en ellas un atractivo, una sinceridad que asombra. Por extraña coincidencia, su padre, á cuyas aventuras militares se refiere, sirvió en el mismo regimiento de Voluntarios de Madrid que el padre de quien escribe estas líneas; como él al suyo, yo al mío he oído narrar aquellas gloriosas peripecias....; mi aplauso lleva, pues, pleno conocimiento de causa.

* *

La leyenda de las tres estrellas, de nuestro compañero Antonio F. Afán de Rivera, es también una preciosísima obrita; en ella se respiran las brisas de la Alpujarra, y los cármes granadinos hacen llegar al que la lee su admirable poesía y sus encantadores perfumes.

* *

La bella escritora Casilda Antón del Olmet ha impreso su drama titulado *En conciencia* y estrenado en el teatro Español en la anterior temporada. Precede al drama un hermoso prólogo que vale quizá más que el drama mismo; contrariada por el frío éxito que, según parece, tuvo, revuélvese la distinguida dama contra el apasionamiento ciego del público, y hay que darla en gran parte la razón: las obras escénicas no deben

aplaudirse porque representen tales ó cuales ideas políticas de actualidad; el arte es estimable *per se*, como decían nuestros clásicos; pero por eso mismo el arte escénico necesita precisamente llegar al corazón, vivir de la vida á él contemporánea, no chocar con los prejuicios existentes....; sin estos requisitos el arte más perfecto sucumbirá ante la sociedad que ha de juzgarlo.

* *

Canciones juveniles de F. Ortiz de Pinedo se titula un folleto de 84 páginas sobre el cual llamamos la atención de nuestros lectores. Es preciso abrir paso á la poesía que viene, y entre tanto desequilibrado y decadentista, el Sr. Ortiz de Pinedo está á la cabeza. Su estro es brillante: su intención profunda; no está formado, pero siente muy hondo. Nacido á la luz pública hace treinta años, hubiera sido desde luego un verdadero poeta.... ahora está resabiado por el decadentismo.

Y su verdadero genio se rebela contra las demencias *presentes*; quiere hacer versos sin medida y le salen ajustados á la retórica.... es el español que estando bueno quiso estar mejor.... es el libertino que no cree sancionada su reputación si no se ve precisado á usar las cápsulas de Constanzzi; es el modernista que *mata* sus versos y su poesía empeñándose en romper la rima y desnaturalizar el metro. Véase, por ejemplo, la composición dedicada á Alejandro Lerroux. En ella dice:

"Y es tu invierno ensombrecido por las nieves,
es tu invierno largo y triste por las lluvias
y los vientos azotado
un recreo del espíritu
que se entrega á la tristeza y á los lúgubres placeres,
que contempla tus paisajes y medita en tus arcanos;
corre trémulo el arroyo
ablandando suavemente los cimientos del castillo;
todo es dulce en el regazo de la noche silenciosa;
el ambiente se satura con efluvios olorosos
y derraman las estrellas sus fulgores blanquecinos
en las aguas rumorosas.

¿Pues no le sería más fácil decir

Y es tu invierno por las lluvias
y los vientos azotado
un recreo del espíritu
que medita en sus arcanos;
corre trémulo el arroyo
los cimientos ablandando
del castillo; todo es dulce
de la noche en el regazo;
el ambiente se satura
con efluvios de los campos,
y derraman las estrellas
sus fulgores en el lago.

¿No le parece al Sr. Ortiz de Pinedo que *eso*, que es lo mismo que él dice sin rima, resulta más bello rimado? ¿No le parece que es labor de dementes convertir en *jobas* las líneas curvas que son el tipo de la belleza?

Indudablemente le parece así, pues conforme se avanza en la lectura del libro se le ve perder el afán de *jobar* los versos y escribe preciosas quintillas como las de "La mano misteriosa", y romances como "Bajo mi lámpara", y versos de arte mayor como el "Canto de los felices". ¡Ah! Sr. Ortiz de Pinedo! por el nombre que lleva, yo le ruego que siga la senda de esta y otras composiciones del final de su libro; tiene inspiración, tiene fantasía, es correcto, es poeta, en una palabra. ¿A qué fin, pues, malograr sus dotes relevantes que han de elevarle á gran altura?

* *

La moral, el arte y la religión, según Guyau, es el título de la última obra de Alfredo Fouillée publicada por la Biblioteca Científico-Filosófica y traducida por Ricardo Rubio.

Los que hayan leído *El arte bajo el punto de vista sociológico*, del mismo Guyau, comprenderán desde luego la importancia de este nuevo libro. Fouillée recoge en él todos los pensamientos, todo el espíritu de Guyau, le sigue paso á paso, le analiza, le amplía, le completa, forma un todo admirable que hiere la imaginación y arrastra al convencimiento. La doctrina de la evolución que en Inglaterra representan Spencer, Stephen Leslie, Plifford y Barratt, y en Alemania Wund y otros muchos, halló en Francia su intérprete más genuino en

Guyau. Él trató de coronar la moral evolucionista, y Fouillée, al extractarlo y condensarlo, busca con gran acierto hacer patente el rayo de luz que ilumina el medio intelectual de nuestra época, haciendo al propio tiempo palpables las sombras que le envuelven aún.

Con sólo esta ligerísima exposición puede comprenderse la importancia de la obra, pero es preciso leerla para que se estime su grandeza. Apenas hay una página donde no se encuentre un pensamiento maravilloso: ¿Sois poeta? ¿Habéis sentido la duda roer vuestro corazón? ¿Pues decid con Guyau en los "versos de un filósofo": "como el árbol se eleva siempre, y por eterno impulso, al azul del cielo, así continúo elevándome yo hacia él aunque lo crea vacío".... ¿Comprendéis la expansión de la vida como principio de la moral? Pues atended: "desde el punto de vista psíquico, el engendrar otro individuo es una necesidad, hasta tal punto, que ese *otro* llega á ser una condición de nosotros mismos; la vida, como el fuego, se conserva sólo comunicándose." ¿Os preocupan los problemas religiosos? ¿Pues mirad lo que hacéis! "Hay en las creencias humanas una fuerza de elasticidad que hace que su resistencia crezca en razón directa de la comprensión que sufren." ¿Os atormentan, en fin, las sugerencias del cerebro y de la razón?.... Pues fijaos bien.

«A veces, en las montañas de Tartaria, se ve pasar un extraño animal que huye á todo escape entre las brumas de la mañana: sus grandes ojos son los del antílope, ojos enormemente dilatados por la angustia....; galopa golpeando el suelo, que tiembla bajo sus patas al compás de su corazón, y á cada lado de su inclinada cabeza agitanse dos alas gigantescas que parecen elevarla á cada movimiento.... Húndese la alimaña en el valle, dejando rojos rastros sobre las rocas.... al fin, de pronto, cae.... ¡Entonces aquellas dos inmensas alas se desprenden de su cabeza y el águila á quien pertenecían, el águila que había clavado las garras en su frente y que le devoraba el cerebro, tiende, satisfecha su voracidad, el vuelo hacia la inmensidad que se abre ante ella.»

Con sólo estos rasgos cogidos al azar puede comprenderse la importancia del libro. No es posible encontrar nada que le supere.

* *

Y vaya otra manita de Máximo Gorki, de quien ya nos ocupamos en el número anterior en sus cuentos traducidos por Camilo Millán.... ¡Otra reputación que.... tira de espaldas!.... Una colección de cuentos.... que obligan á meter los dedos índice y pulgar por el cuello de la camisa....

Hay sobre todos uno...., uno que se titula *Una vez en otoño*...., escrito tal vez con la sana intención de sustituir al más enérgico de los revulsivos.... Un golfo de diez y ocho años que, á puros remiendos, apenas tiene pantalones y no ha comido; una golfa escapada de un chamizo de prostitución: ambos se encuentran, tienen hambre...., *roban* un cacho de pan duro violentando el fondo de un cofre que hay á la puerta de una tienda (*sic*); se refugian para comérselo bajo una barca volcada; pasan juntos la noche; se comunican las larvas que pululan por sus cuerpos donde toda hediondez halla vida....; se despiden á la siguiente mañana....; no se vuelven á ver más.... ¡Oh! ¡Qué idilio! ¡Qué elevación! ¡Qué ingenio!.... y ¡qué basural!

¡Cada vez se cree más dichoso de haber nacido en el año cuarenta y tres del pasado siglo

MANUEL VALCÁRCEL.

* *

Dejando á nuestro querido colaborador la integridad de sus opiniones, demos ahora noticia bibliográfica, no crítica, de un libro llegado á esta Redacción.

D. A. Aguilar y Mora, con el título de *Tres virtudes fin de siglo: Fe, Esperanza y Caridad*, ha publicado en una edición cuidadísima y notable unas narraciones que le acreditan una vez más de escritor correctísimo, de fino observador y de artista de corazón; el libro de Aguilar lo leerá en España todo el que lee.